

Estados Unidos

# EL INCOMODÓ SECRETO

**A** finales de 1974, los Estados Unidos firmaron finalmente la Convención de Ginebra de 1925, en la que se prohíbe la utilización de productos químicos con fines bélicos. Anteriormente, el Congreso había ratificado el tratado de 1972, por el cual USA renunciaba al desarrollo, producción y almacenamiento de armas biológicas. Retrocediendo aún más, nos encontramos con las declaraciones de Richard Nixon en noviembre de 1969: «Los Estados Unidos renunciarán al uso de armas y agentes biológicos letales y todos los demás métodos de guerra biológica». En el mismo discurso, el entonces Presidente ordenó al Pentágono que confinara sus investigaciones en dicho campo a problemas de defensa y que recomendara formas de deshacerse del existente arsenal norteamericano de armas biológicas.

A pesar de todo —y dejando aparte la famosa inmersión en el Atlántico de varias toneladas de un tipo anticuado de gas nervioso—, el desarme químico y biológico de los Estados Unidos se ha quedado reducido a buenos propósitos incumplidos y a diversas funciones oficiales para mejorar su deteriorada imagen internacional. Para el presente año fiscal, el Pentágono ha solicitado 107 millones de dólares para la investigación de técnicas de CBW (Chemical and Biological Warfare), una cantidad superior en tres millones a la del año anterior. Hay razones para suponer que eso es sólo una porción del esfuerzo USA para crear armas cada vez más devastadoras y para las que no hay defensa posible.

Como consecuencia del discurso de Nixon, el programa de investigación para la guerra biológica fue desmantelado entre 1969 y 1970. Pero sólo en apariencia: Sus diversos grupos y departamentos continúan funcionando diseminados entre un puñado de respetables agencias civiles y militares, tales como la Administración de Comidas y Drogas, el Departamento de Salud, el Departamento de Agricultura, el Mando de Material del Ejército y la Oficina del Jefe de Sanidad Militar. Esta dispersión fue explicada como un resultado de las nuevas funciones de los investigadores en materias de defensa nacional, pero su razón real fue hacer casi imposible cualquier inspección por parte del Congreso. Por ejemplo, el estudio de herbicidas y defoliantes ha pasado a convertirse en investigaciones Químicas sobre el Control Vegetativo, pero continúa tras las paredes de Fort Detrick, aunque los fondos para el programa parece que proceden del presupuesto del Edgewood Arsenal,

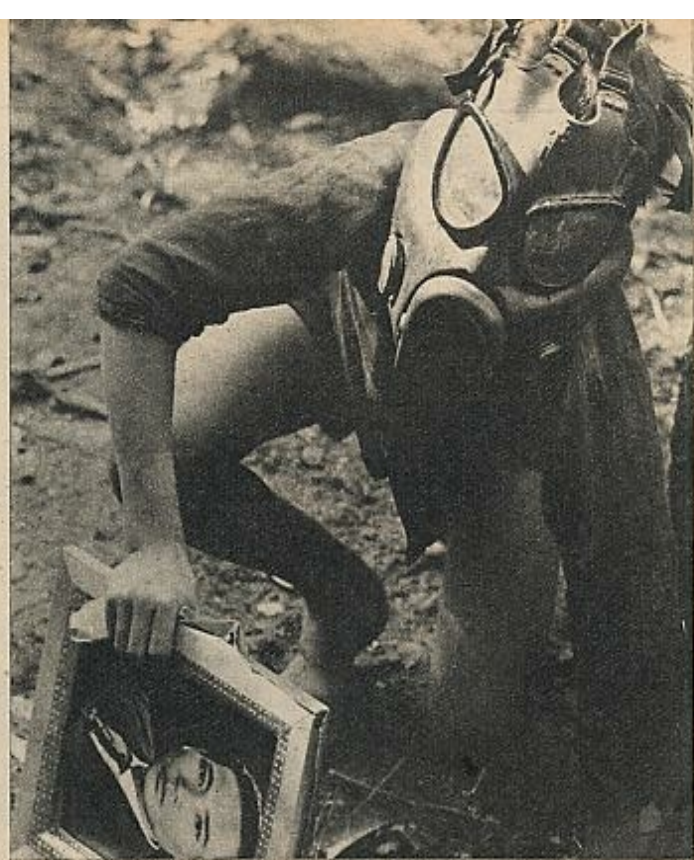
un laboratorio dedicado nominalmente a investigaciones sobre armamento químico. Fort Detrick, que era el mayor centro de estudio de la guerra biológica, cobija también un Instituto Médico para la Investigación de Enfermedades Infecciosas, cuyos fines son muy dudosos.

El resto de los centros para la investigación de BW (Biological Warfare) continúan funcionando bajo diversos disfraces y sin que se tengan detalles claros sobre sus actividades y financiamiento: Pine Bluff Arsenal ha pasado a la Administración de Comidas y Drogas, pero continúa con el mismo personal y director, mientras que el Desert Test Center (cerca de Salt Lake City) y el Baker Laboratory (en el centro de pruebas de Dugway, también en el Estado de Utah) siguen activos.

Una parte importante de los programas de investigación se desarrollan en el extranjero, donde el Pentágono contrata a científicos y empresas para proyectos específicos. Según el grupo Campaign for Nuclear Disarmament, había en 1974 unos 65 contratos de este tipo en diversas Universidades inglesas, por un costo aproximado de 662.000 dólares. Muchos de ellos tienen claras conexiones con el desarrollo de nuevas armas de laboratorio: Por ejemplo, un tal doctor John Latham, del Departamento de Física de la Universidad de Manchester, es el beneficiario de un contrato de 56.000 dólares para el estudio del papel de las fuerzas eléctricas en la formación y dispersión de nubes y nieblas. Y es que la guerra meteorológica es una de las áreas consideradas como más prometedoras por los hombres del Pentágono.

En muchos casos, la experimentación de las nuevas armas también se efectúa en países de ultramar. Así, varios tipos de herbicidas y defoliantes se utilizaron en Vietnam del Sur y Angola para comprobar su eficacia en la lucha contra las guerrillas.

La táctica del Pentágono es ignorar tanto los acuerdos internacionales como las órdenes del Congreso aprovechándose de la inexistencia de organismos de control y de sus complicadas relaciones con la vasta industria bélica norteamericana. Para evitar publicidad adversa, el Pentágono ha hecho esfuerzos extraordinarios para suprimir noticias sobre accidentes en los centros de experimentación que revelan la verdadera naturaleza de sus trabajos; por ejemplo, ningún periódico informó del hecho de que 6.000 ovejas murieron de una enfermedad misteriosa en los alrededores del Dugway Probing



Ground. Y se rumorea que han ocurrido «errores» aún más graves.

Las mismas dimensiones del sector químico-bacteriológico dentro de la industria militar USA son desconocidas. Los cálculos varían: Entre 300 y 500 millones de dólares se gastan anualmente de forma más o menos abierta. Esto incluye investigación y producción de gases para control de disturbios, agentes nocivos para la vida vegetal, gases paralizadores del sistema nervioso, virus del carbunco y la peste bubónica y toda una serie de fascinantes monstruosidades que colocan a los Estados Unidos a la cabeza en el campo de las armas químicas y bacteriológicas.

Este es un campo en el que el Ejército americano tiene una larga y siniestra tradición. Seymour M. Hersh, en su libro «Chemical & Biological Warfare», cuenta una asombrosa historia sobre el hombre que inventó el napalm. A finales de la segunda guerra mundial, este ilustrado inventor presentó un plan para equipar murciélagos con diminutas bombas incendiarias. Estas bombas llevarían espoletas retardadas y se colocarían con unos hilos en el pecho de los nocturnos animales: «Tal como el Ejército lo planeaba, los murciélagos serían lanzados sobre grandes ciudades japonesas, donde encontrarían rápidamente escondrijos en los cuales depositarían las bombas tras haber cortado los hilos con sus dientes. Después de muchos meses de trabajo, se hizo la primera prueba en Carlsbad Caverns (Nuevo México). En el día elegido, varios murciélagos se escaparon y provocaron unos incendios que destruyeron totalmente el coche de un general y un hangar de dos millones de dólares. El proyecto fue cancelado abruptamente».

Pero la amenaza de estos nuevos métodos de mortandad masiva e indiscriminada es mucho más real de lo que podrían sugerir historias como las anteriores. No hay duda de que el Pentágono piensa seria-

mente en utilizarlos, y su única preocupación son los problemas de transporte y almacenamiento.

En 1974, el Congreso eliminó del presupuesto militar una partida de 5.800.000 dólares para la producción inicial de dos nuevas armas de gases nerviosos: una bomba de artillería de 155 milímetros, que llevaría gas GB en estado binario, y una bomba de 8 pulgadas que contendría gas VX en estado binario. El GB es un gas incoloro, inodoro y volátil que produce la muerte a los pocos segundos de entrar en contacto con la piel. La dosis letal es de un miligramo. El honor de descubridores del GB corresponde a los científicos del Tercer Reich, pero los candidatos a utilizarlo parecen ser los militares americanos, que lo tienen en sus arsenales desde 1945, designado a veces con el nombre de Sarin. El VX es una versión americana y mucho más potente del mismo gas. Lo del estado binario se refiere a un nuevo método para manejar estos mortíferos productos: Los componentes se mantienen separados hasta después de que el proyectil ha sido disparado, y mientras se dirige al objetivo, los componentes se unen para formar la mezcla letal.

Es significativo que los militares hayan decidido ignorar la prohibición del Congreso. El número del 11 de diciembre de 1974 del «Commerce Business Daily» lleva un anuncio de Edgewood Arsenal solicitando presupuestos para la fabricación de grandes cantidades de varias sustancias químicas que son los componentes del VX. El «DMS Market Intelligence Report» también parece desconocer la voluntad de los congresistas al informar que Edgewood Arsenal y Picatinny Arsenal están colaborando en la producción de los proyectiles XM887 y XM736, que corresponden a las bombas descritas anteriormente. Ya estamos un poco más cerca de la pesadilla. ■ DIEGO A. MANRIQUE.